

Cristina Fernández Cubas

COSAS QUE YA NO EXISTEN

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

CRISTINA FERNÁNDEZ CUBAS
COSAS QUE YA NO EXISTEN

TUSQUETS
EDITORES

1.^a edición: enero de 2011

1.^a edición en esta nueva presentación: octubre de 2024

© Cristina Fernández Cubas, 2011

Publicado por acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency, S.L.

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-522-0

Depósito legal: B. 14.106-2024

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: Limpergraf, S.L.

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Índice

Nota a la edición de 2011.....	11
Prólogo	13
Segundo de Bachillerato	19
La Muerte cautiva	39
El Salón.....	61
El olor de Evita.....	81
Los regresos.....	103
La guerra	129
Guayaquil	137
Fronteras	151
Días de jamasín.....	167
Bumi y los otros	197
El Ashram	213
El poder del cine.....	225
Ana María en casa.....	247
Bernarda Alba abre el portón	259
Epílogo en la azotea	299

Pongamos que se llamase Luisa. Sor Luisa. Y que ella, Sor Luisa, me hubiera cogido tirria desde los primeros días. O quizá ojeriza, manía, odio... O tal vez otra palabra que todavía no se ha inventado. Sor Luisa estaba en permanente pie de guerra. Contra algunas monjas, contra el caos que decía haberse encontrado al llegar al colegio, contra sí misma. Parecía como si no se sintiera del todo a gusto en su piel, dentro de aquel hábito y aquella corneta que le quedaban anchos o estrechos, según se mire. Porque muy a menudo nos hablaba con misterio de su pasado, interrumpiendo las frases a la mitad, sin sacarnos de dudas, dejando únicamente bien sentado un claro e indiscutible mensaje. Ella era monja, a la vista estaba, pero podía haber sido cualquier otra cosa en la vida.

Su padre, solía explicar, era diplomático, y parte de su adolescencia había transcurrido en Casablanca. (No era del todo exacto. Su padre era agregado político —es decir, de falange—, pero sí era cierto que había vivido en Marruecos mucho tiempo.) De aquellos lar-

gos años recordaba con satisfacción algunos pasajes. El pasaporte especial al que, como hija de su padre, tenía derecho, y que gustaba exhibir en trenes, autobuses, barcos y aviones. Era como una varita mágica destinada a provocar nuestra envidia. Sor Luisa, antes de ser Sor Luisa, se subía a un tren, a un barco, a un autobús o a un avión, enseguida sucedía algo —un percance, una confusión—, ella mostraba sus papeles, e invariablemente todos le daban la razón, se deshacían en excusas, y hasta se cuadraban o inclinaban ceremoniosamente. También, aunque no lo formulara de una forma explícita, daba a entender que había sido guapa. O, quizá, que lo seguía siendo. No teníamos la menor idea de cuál podía ser su edad. ¿Treinta, cuarenta, cincuenta...? Los hábitos y las cornetas, hoy congeladas en las películas de Hitchcock, poseían la virtud de uniformar, de borrar diferencias entre las usuarias, de convertir su edad —la edad de una monja— en una de las cosas más difíciles de adivinar. Todo un enigma. Incluso las novicias, cuando dejaban de ser novicias, pasaban a integrar en muy poco tiempo ese mundo de edades y rasgos indefinidos, del que únicamente llegarían a destacar —otra vez— con el paso de los años. Manos apergaminadas, estaturas reducidas, caras surcadas de arrugas... Pero estaba hablando de Sor Luisa, instalada en esa edad sin nombre; de sus antiguos viajes por tierra, mar y aire; de que era o había sido guapa (ella decía únicamente: «Yo era muy joven, claro...»); de su especial habilidad para dejar las frases a medias, para sugerir, insinuar; para rodearse, en fin, de un estudiado halo de superioridad y misterio.

Una vez, con ocasión de una excursión en autocar ya no recuerdo adónde, Sor Luisa se hizo con el micrófono y nos leyó algunos párrafos de un libro acerca de los monumentos que íbamos a visitar. No sé si fue el efecto distorsionante de la megafonía, si se trataba de la pelota de turno, o si era una interna que hacía mucho que no escuchaba la radio, pero alguien exclamó con admiración: «¡Habla como una locutora!». Los ojos de Sor Luisa brillaron de satisfacción. «Antes de entrar en un convento», dijo sin soltar el micro, «se puede haber sido muchas cosas en la vida...» Ya estábamos otra vez. ¿Qué cosas eran éstas? ¿Y qué pensaría el conductor, que miraba impasible, sin pestañear, siempre hacia el frente? De nada servía preguntarle si había sido realmente locutora —algo que nos parecía mucho más razonable que monja—, porque ni desmentía ni afirmaba. Se limitaba, como siempre, a encogerse de hombros. A sonreír. A rodearse de nuevo de la consabida aura de misterio. Pero para mí, que no era interna y que, cada día, ya caída la noche, al regresar a casa, lo primero que hacía era poner la radio, aquello tenía toda la apariencia de un farol. ¿Abandonar la posibilidad de un Taxi Key o de un Teatro Invisible para vestir un hábito? ¡Anda ya! Aunque ya muchas lo sospechábamos. Sor Luisa era una «pavera», una «chula». O el hábito le venía demasiado grande. O demasiado estrecho... En cualquier caso no debía de encontrarse muy cómoda allí dentro. Porque, amén de todo lo dicho —que no pasaría de ser una simple anécdota si no hubiera más—, a la, digamos, llamada Sor Luisa, más allá de sus momentos estelares, le gus-

taba humillar, asustar, hablarnos del fin del milenio, leernos terribles profecías, añadir escogidos y escalofriantes datos de su cosecha —que no dejan de sorprenderme todavía hoy, cuando quizá he alcanzado esa edad imprecisa que ella tenía entonces—; pero sobre todo humillar, poner en evidencia, asustar. Parecía claro que había equivocado su camino, y más le hubiera valido optar por cualquiera de las envidiables salidas que le ofrecía la vida. Pero no había sido así. Y entre sus muchos enemigos figurábamos nosotras. Niñas de once años.

Nótese que he dicho niñas de once años. No *de sólo* once años. Cuando alguien tiene once años, los tiene en su totalidad, en bloque, con todo su peso. Se trata, sencillamente, de su equipaje; su maletín de vida, su mochila. Y a nadie —a nadie normal, por lo menos, que no esté contaminado por la ideología de los adultos— se le ocurrirá decir: «Sólo tengo once años». Pues bien, allí estaba yo, con mis once años a cuestas, sentada en el pupitre que compartía con Lali Pons, mi gran amiga de entonces. Era la hora de estudio y no se podía hablar. Pero Lali y yo, aquel día, hablábamos. Disimuladamente, por supuesto. En voz muy baja. Sor Luisa nos llamó la atención un par de veces (¡qué oído tenía Sor Luisa!). A la tercera se levantó, ordenó a mi amiga que recogiera sus cosas —«Las imprescindibles», dijo—, y, como se solía hacer en estos casos, la obligó a trasladarse a uno de los dos lugares de castigo. Al fondo de la clase, en una mesa vacía; o delante de todas, en un pupitre individual, junto a la tarima. Yo, resignada, esperaba mi

turno. Pero no llegaba. Como si nada hubiera ocurrido, como si con Lali confinada en el lugar de las apestadas la clase hubiera recuperado su normalidad, ahora Sor Luisa se concentraba en la lectura de un devocionario. Me puse en pie. «Yo también hablaba», dije. No debiera haberlo hecho. Algo, dentro de mí, me advirtió enseguida de que acababa de cometer un error. Pero ya era tarde. Sor Luisa me miró regocijada, extrañamente tranquila y a la vez regocijada. «Vaya», dijo sonriendo, «así que tú también quieres castigo.» No era una pregunta. Tampoco una afirmación. Era simplemente: «Así que tú también quieres castigo...». Más que sorprendida esperé aún algunos segundos en pie. Pero la misma Sor Luisa que por las mañanas, a la hora de la instrucción, nos leía pasajes de un libro que se llamaba *Instrucción* —y acto seguido, por si no los hubiésemos entendido, nos los explicaba—, pasajes que hablaban de honor, de valentía, del triunfo de la verdad o la cobardía de la mentira, parecía haberse olvidado por completo de mi existencia. Me volví a sentar y no tardé en olvidarme de la suya. Era injusto que Lali hubiera cargado con todas las culpas. Pero así era. Y yo no podía hacer nada para remediarlo. Aunque por lo menos —y eso me tranquilizaba en parte— lo había intentado.

No recuerdo nada de lo que pudo suceder durante el resto de la tarde, lo que me lleva a pensar que no sucedió nada en absoluto. Una vez más la frase de Sor Luisa quedó ahí, inacabada como tantas otras, una ocurrencia súbita, sin ningún fundamento, a la que la propia autora terminaba por no conceder la menor

importancia. Supongo que al volver a casa escucharía como siempre la radio en el planchador, jugaría con mis hermanas, o me encerraría en mi cuarto a tocar la armónica y a leer libros de aventuras. Pero es sólo una suposición. Lo que sí recuerdo es el día siguiente. El mismo sueño de todas las mañanas al levantarme, la subida desencantada al colegio, y la agradable sorpresa de que, al entrar en clase, en el segundo piso, Sor Luisa todavía no se hubiera presentado. Aquello, que ocurría en contadas ocasiones, era siempre muy festejado. Pero esta vez la alegría duró poco. Sor Luisa apareció a los cinco minutos, en el momento en que todas reíamos o celebrábamos algo. Nos llamamos de golpe. Ella se dirigió únicamente a mí. «Venga conmigo... Con todas sus cosas.» Cogí la cartera. «No», dijo negando con la cabeza. «He dicho que con todas sus cosas.»

Me había tratado de usted y eso significaba que el asunto era serio o que estaba enfadada, pero no se la veía exactamente enfadada, sólo decidida, enérgica. Muy decidida y muy enérgica. Intenté lo imposible. Vaciar en pocos minutos un pupitre atiborrado de objetos. La cartera iba hinchándose, pero el pupitre seguía lleno. En la clase se podía oír el vuelo de una mosca. Es un decir, porque en invierno no hay demasiadas moscas y, para mi desgracia, lo que se escuchaba era el silencio y también el rumor exagerado que producían cuadernos, escuadras o lapiceros en aquel trasvase desafortunado que, parecía, no iba a acabar nunca. Al final, con la cartera a punto de explotar en una mano, y unos libros y el plumier en la otra, opté

por olvidarme de gomas mordidas, lápices despuntados y minas de compás, siempre a punto de quebrarse. «Ahora el abrigo», dijo Sor Luisa. La miré estupefacta. «¿El abrigo?» Todo aquello era cada vez más absurdo. Dejé mis bártulos sobre el pupitre, salí de clase, entré en el cuartito donde por la noche colgábamos los delantales y por la mañana los abrigos y las bufandas. ¿Tenía que quitarme el delantal? ¿O debía dejármelo bajo el abrigo? Es curioso como en momentos así una aparatosa lógica surge de un lugar indeterminado venciendo por unos instantes a la confusión. Recordé cartera, libros y plumier, aguardándome aún en el pupitre, y decidí que tenía que ponerme el abrigo por encima, sobre los hombros, que no podía cargar con un peso más fuera a donde fuera, y que tampoco —nada se me había indicado al respecto— iba a quitarme el delantal. Regresé a la clase. «Vamos», dijo Sor Luisa. No tuve más remedio que seguirla. Ella avanzaba ahora a grandes zancadas por el pasillo y yo iba algo detrás, con la cartera en la mano izquierda, los libros y el plumier en la derecha, y el abrigo resbalándose por los hombros. «¿Adónde vamos?», pregunté. El «vamos», en mi boca, debió de parecerle gracioso, porque acababa de abrir la puerta de un aula pequeña, una de las muchas aulas pequeñas que sólo se utilizaban de vez en cuando, que podían servir para cualquier cosa, que no tenían, en fin, una función definida. «*Usted*», dijo (y por la entonación quedaba muy claro que no íbamos a hacer nada juntas), «va a quedarse aquí. Y no se le ocurra moverse. No haría más que empeorar las cosas.» No sé si me dio tiempo a

preguntar «¿Qué cosas?», o «¿Por qué?», o «¿Qué es lo que he hecho?», ni si llegué a escuchar el consabido «Lo sabe usted muy bien» que siempre me había descorazonado. Con Sor Luisa todo era distinto. Desde su llegada al colegio, aquel mismo año, desde que se propusiera terminar con la indisciplina y el caos, nada era como antes. Ahora rezábamos el vía crucis de otra forma —«como se debe hacer», decía ella—, cantábamos también de otra forma y en las procesiones por el jardín no se nos dejaba encender cirios, que era lo que a todas, sin excepción, más nos gustaba. No parecía que se llevara demasiado bien con las otras monjas, pero contaba con el beneplácito de la superiora, tan recién llegada como ella y cuyo primer acto de mando, al hacerse cargo del colegio, fue subir drásticamente los precios. A ninguna madre de familia le cayó bien el gesto. Pero eso ahora no importaba. Sor Luisa tenía poder, estaba claro. Y Sor Luisa en aquel momento me miraba fijamente.

—Toda la comunidad está reunida en el despacho de la superiora, estudiando su caso. No se mueva de aquí y espere el veredicto. Lo más probable es que sea... —se detuvo y tomó aliento—: expulsión.

Había pronunciado la palabra más temida con increíble naturalidad —¡Expulsión!— y también, con la misma soltura, había hablado de «su caso». Pero ¿cuál era mi caso? Muy grave tenía que ser para que todas las monjas dejaran sus obligaciones, las clases, la educación de un colegio y se reunieran a las nueve y pico de la mañana en el despacho de la superiora.

—Sus padres ya han sido avisados —concluyó.

Y desapareció por la puerta.

Ahora no estaba perpleja, sino asustada. Terriblemente asustada. ¡Mis padres! ¡Hasta habían avisado a mis padres! Y de nuevo: ¿qué había hecho yo? Pero lo sabía perfectamente. Me había puesto en pie el día anterior y había dicho: «Yo también hablaba». Y esa confesión, que me procuraba un castigo infinitamente superior al de mi compañera de pupitre, se convertía ahora en un delito monstruoso capaz de reunir a todas las monjas en cónclave, y sobre todo —eso era lo peor— de isacar a mi padre de su despacho! Mi casa, el colegio... Una cosa era mi casa y otra el colegio. Pero esos dos mundos, que siempre se habían mantenido separados y en los que, por igual y más que a menudo, no entendía nada de nada, se reunían de pronto en una terrible, inesperada amenaza. ¡Molestar a mi padre en horas de despacho!

En el aula pequeña hacía frío. Me puse el abrigo y me enrollé la bufanda al cuello. Más de una vez oí pasos. Los escuché primero con temor; después casi con esperanza. Llevaba ya un buen rato allí, sentada junto a una mesa, al lado de la ventana, muy cerca de un radiador apagado. Pero nadie venía a por mí. ¿De qué estarían hablando? Pensé en la posibilidad de escaparme. Lo pensé como algo muy lejano, tal vez para matar el tiempo o apartar de mi cabeza otros temores. Podía bajar sigilosamente las escaleras y llegar hasta la puerta del jardín. Pero sería inútil. Esa puerta siempre estaba cerrada y en la otra, la principal, me encontraría inevitablemente con la hermana portera. Podía deslizarme por la ventana. Unir un montón de sába-

nas por los extremos, como en las películas. Bastaba con dirigirme sin hacer ruido hacia los dormitorios de las internas, entrar en los cuartos y deshacer las camas. Pero me encontraba en un altísimo segundo piso, necesitaría muchísimas sábanas, y encima, sólo de imaginarlo, sentía un retortijón de vértigo en el estómago. ¿Adónde podía ir si ya mis padres estaban *avisados*? Lo único que podía hacer era quedarme allí. Y esperar.

El colegio, con las monjas reunidas, no había sin embargo suspendido del todo sus rutinas. En un momento oí la campana que anunciaba el almuerzo y supe que eran las doce del mediodía. Pero Sor Luisa lo había dejado muy claro. No podía moverme por nada del mundo. Escuché risas y pasos en las escaleras. Después, un gran silencio. Hacia la una, de nuevo risas y gritos en el jardín. Me asomé a la ventana. Era la hora del recreo, pero nadie miraba hacia arriba. Ahora sí tenía frío. Y hambre. Intenté lograr que del radiador congelado surgiera un poco de calor y di varias vueltas a una ruedecilla. De pronto había recordado que, a veces, cuando ocupábamos una de aquellas aulas sin función definida, las monjas o las profesoras de turno hacían algo parecido. Movían la rueda y al cabo de unos minutos la calefacción empezaba a funcionar. Pero sólo conseguí que de aquellos hierros oxidados brotaran unas gotas de agua amarillenta, luego un chorrito. Lo cerré consternada. Sólo me faltaría eso. Inundar el colegio...

No sé qué hora sería ya cuando oí murmullos, pasos, y esta vez la puerta se abrió y entraron charlando las

mayores, el quinto o el sexto curso, y la monja que se ocupaba del Bachillerato superior, una monja que tenía fama de buena y que podría muy bien llamarse Sor Ana del Carmen. Entraron de golpe, o, por lo menos, así lo recuerdo. También que se las veía muy alegres y que la sonrisa con la que me saludaron —«Anda, mira quién hay aquí»— desapareció muy pronto de sus labios. Yo las miraba sorprendida, sentada junto al radiador, con la bufanda enrollada al cuello y el abrigo cerrado hasta el último botón. Casi enseguida todas me rodearon. «Está helada», dijo una de ellas. Sor Ana se había abierto paso entre el grupo y ahora me sujetaba por los hombros.

—¿Qué haces aquí, niña? ¿Por qué no estás en tu clase?

Sólo acerté a contestar: «No puedo». Alguien me acariciaba las trenzas y de pronto sentía calor, todo el calor del mundo rodeándome en el aula pequeña. Pero también compasión, vergüenza, pena. Era como si por primera vez me diera realmente cuenta de dónde estaba. De lo poca cosa que les debía de parecer. De mi triste imagen junto al radiador apagado, con el abrigo y la bufanda puestos, la cartera, los libros y el plumier sobre la mesa.

—Contesta, niña, contesta —decía Sor Ana.

Me puse a llorar. Las lágrimas brotan siempre en momentos inoportunos. Había tenido todo el día para desahogarme, pero únicamente ahora, cuando más necesitaba las palabras, rompía a llorar en un llanto sincopado, lleno de hipos, sin apenas pausas para tomar aliento. Sor Ana empezó a sacudirme por los hombros.

—Van a echarme del colegio —farfullé al fin entre hipo e hipo—. Todas las monjas están reunidas desde las nueve de la mañana...

Había hecho algo que no se podía hacer. Llamar «monjas» a las monjas delante de una monja. Pero eso ahora no tenía importancia. No me hizo falta reparar en la cara súbitamente congestionada de Sor Ana, ni escuchar su sorprendido «¿Qué dices?», para comprender que lo que estaba contando carecía de sentido. ¿Cómo iban a estar reunidas todas las monjas si una de ellas, y nada menos que Sor Ana del Carmen, no tenía la menor idea de lo que había ocurrido?

—Sor Luisa... —balbuceé aún.

Aquello fue definitivo. Como si el nombre que acababa de pronunciar bastara por sí mismo para explicar lo inexplicable, Sor Ana dejó de agitar mis hombros y se puso más roja todavía. Nunca la había visto en aquel estado. Parecía a punto de explotar. Como la cartera. No dijo nada más. Se dio la vuelta y salió enérgicamente de la habitación. Las mayores seguían rodeándome.

—No le hagas caso —dijo una. Se refería, claro está, a Sor Luisa.

Sor Ana no tardó en regresar más que unos minutos. Todavía estaba roja, pero se la veía más tranquila.

—Anda, coge tus cosas y vuelve con tus compañeras.

De nuevo la cartera, el plumier, los libros... Me restregué los ojos y salí al pasillo. Sor Luisa me aguardaba de pie, a la puerta de la clase. También tenía el rostro encendido.

—Bien —dijo en voz muy alta cuando, en medio del mayor de los silencios, me había acomodado ya en mi pupitre—. Espero que a partir de ahora sepa cómo comportarse.

Pero ¿qué se había creído? ¿Cómo ni siquiera entonces daba su brazo a torcer? ¿Cómo se permitía seguir en sus trece? Noté que me invadía una sensación que conocía bien. La rabia. Esa maldita y especialísima rabia que impedía responder, contra la que no se podía luchar, y que indefectiblemente terminaba por salirse con la suya. El eterno círculo vicioso. Se empezaba a llorar por rabia y la rabia crecía. Cada vez más. Rabia de llorar por rabia. Pero ahora no era sólo eso: rabia. Sino toda la rabia del mundo... Me mordí los labios. Aquél fue un momento terrible. Debía de tener los ojos enrojecidos y era imposible pretender que no había llorado. Pero ¿iba a sucumbir a esa maldita rabia que me haría aparentar arrepentimiento? ¿Iba a romper en sollozos delante de todas mis compañeras? No sé cómo logré hacerlo. Pero lo hice. Eso sí lo recuerdo bien: lo hice. Le sonreí. *A ella*, a Sor Luisa. Una sonrisa que mi memoria tal vez se empeñe en agigantar, pero que todavía ahora revivo con enorme satisfacción. Porque yo no era la misma que, horas atrás, había sido obligada a abandonar la clase y a recluirse en aquella fría aula sin función definida, ni me importaba ya defenderme de una acusación que no comprendía. Los adultos mentían, eso estaba claro. Mentían como condenados. Por lo menos ella, Sor Luisa. Y lo que todavía era más sorprendente: mentían mal. Rematadamente mal. ¿Todo un

día, toda una noche para diseñar un castillo de naipes envenenados que se derrumbaba al primer soplo de viento? Sor Luisa era una recién llegada. Nada más que una simple recién llegada. Y, con un poco de paciencia y suerte, terminaría el curso, pasaría a tercero y no tendría que soportar nunca más sus delirios. No lo pensé con esta palabra: «delirios». Pero sí entendí perfectamente lo que significaba. ¿No lo había interpretado también así Sor Ana del Carmen? Sor Luisa improvisaba, inventaba, mentía... Pero esta vez había ido demasiado lejos y yo no era la única en saberlo. Las mayores de quinto, de sexto... Sor Ana. ¿Qué le habría dicho Sor Ana, cuando estaba tan congestionada, a Sor Luisa, que también terminó por ponerse roja, hacía apenas unos instantes? No podía adivinarlo, pero sí aventurar que aquella noche las otras monjas tendrían de qué hablar. No de mí, sino de ella, de la recién llegada. A pesar de la superiora. O quizá, de paso, aprovecharían para criticar a la superiora. Aunque, la verdad, no me importaba lo más mínimo. Yo, con mi sonrisa, le había llamado «mentirosa». Y ella, Sor Luisa, no había tenido más remedio que registrar mi mensaje.

No dije nada a mis padres. Nunca lo hacía. Por un arraigado instinto de supervivencia —o tal vez por inseguridad, por ignorancia— prefería mantener aquellos dos mundos separados. Mi casa en casa; el colegio en el colegio. Más de una vez, sin embargo, me he preguntado, con el tiempo, qué es lo que hubiera sucedido si por la noche, como rara excepción, se me hubiera ocurrido relatar paso a paso el simulacro de

expulsión que me había mantenido ocupada durante todo el día. No logro oír a mi padre, encerrado en el salón, leyendo, escuchando música. Pero sí a mi madre, haciendo punto de ganchillo en la mesa camilla del comedor. «¿Qué se han creído?» Y también: «Después de lo que nos hacen pagar, ¿se han vuelto locas?». Y enseguida la veo, al día siguiente, alta, muy alta —mi madre en aquella época era muy alta—, subiendo acalorada la cuesta del colegio. «Me van a oír.» Y ya lo creo que la iban a oír. Porque en el relato de mis desventuras se daba casualmente la violación de tres de sus más arraigadas obsesiones. Me habían dejado sin comer, una; en un aula gélida en pleno invierno, dos; y de la que no me podía mover ni siquiera para ir al lavabo, tres. Nutrición, lucha contra los resfriados, higiene. Tres puntos fundamentales en nuestra educación. Y ahora, ¿se podía pedir más? ¿Cómo iba a estar ella tranquilamente en casa si el colegio al que había llevado a sus cuatro hijas se permitía saltarse un almuerzo, encerrarme en una nevera y, encima, prohibirme salir ni siquiera para ir al lavabo? De lo demás, supongo —de mi angustia, de mi estupefacción o de las fantasías de Sor Luisa—, no le daría tiempo a hablar, o quizá no lo consideraría importante. Y seguramente obraría bien. Un castigo es siempre un castigo, pero lo otro... Y las monjas, abochornadas, no podrían hacer otra cosa que darle la razón. Sobre todo la superiora. La que se había permitido subir escandalosamente las facturas. «Tanto de calefacción, tanto de media pensión...» La palabra «latrocinio» flotaría acusadora en el ambiente. Pero ya

mi madre habría cambiado de tercio. «Niñas en edad de crecer...» Y no necesitaría acudir a ninguna autoridad médica, sino tan sólo a la propia, la que le conferiría el hecho de ser madre, para hablar de vitaminas y proteínas, de resfriados y faringitis, de los males incalculables que podían sobrevenir al impedir a una niña ir al lavabo las veces que lo necesitara. Y como ella, madre, había muchas otras. Cantidad de madres que llevaban a sus hijas a aquel colegio. Y eso lo pensarían enseguida ellas, las monjas, que se hacían llamar madres pero que no lo eran. En la repercusión que podía tener la acción de Sor Luisa que ahora se convertía en un atropello en toda regla. Sí, las cosas —me atrevería a poner la mano en el fuego— habrían sido así. Rapapolvo espectacular a Sor Luisa —¿amenaza de cambio de destino?— y mi madre bajando la cuenta con orgullo, algo alterada aún, pero con la incomparable satisfacción del deber cumplido.

Nada de todo esto ocurrió, por fortuna, ni nadie se preocupó por mi salud, me puso la mano en la frente o me obligó a guardar cama por un resfriado que no había contraído. Como cada noche escuché la radio en el planchador, jugué con mis hermanas, me encerré en el cuarto a leer libros de aventuras o a tocar la armónica. Y a la mañana siguiente, otra vez al colegio. ¿Otra vez? No, ahora iba a ser distinto. Ya ni me acordaba de la angustia del día anterior, de la sensación de desamparo, de los oscuros nubarrones que habían poblado la gélida aula sin función definida. ¿De qué nos iba a hablar hoy Sor Luisa a la hora de la instrucción? ¿Qué pasajes escogería del libro lla-

mado *Instrucción*? Pero poco importaba que insistiera en hablarnos de honor, de coraje o de valentía, o que, tal vez, aquella mañana en cuestión, dejara las normas de conducta para mejor oportunidad y entráramos directamente en geografía, matemáticas o dibujo. Ya nunca iba a creerla. Ni, menos aún, temerla. Su fiesta había terminado, pero empezaba la mía. Y ahí iba a estar yo, mirándola fijamente, con un esbozo de sonrisa en los labios que le recordara de continuo lo que era. Una mentirosa.

No diré que el resto del curso fuera para mí un camino de rosas, pero sí puedo asegurar que tampoco lo fue para ella. Me permitía poner en duda todo cuanto decía. Que cinco por mil se convertían en cinco mil o que Tegucigalpa era la capital de Honduras. Más de una vez la sorprendí con los ojos en blanco, lanzando al aire un suspiro de agotamiento. Y aunque no cejó en su propósito de fastidiarme —¿tenía yo la culpa de que no hubiera encontrado un hábito a su medida?—, muy pronto tuvo que comprender que no iba a lograrlo. Eso debió de ser lo que más le dolió (y lo que a mí, aun ahora, me llena de orgullo). Ella, la usuaria de aquel salvoconducto con el que obraba milagros, la desfacedora de entuertos, la improbable locutora, la superdotada que, de proponérselo, hubiera logrado cualquier cosa en la vida, no pudo conmigo. Una niña de once años.